

Prólogo

Tres mujeres

Son las cuatro y veinte de la madrugada del 1 de julio de 1520 y llueve a cántaros. Tres mujeres se encuentran a la altura del número 128 de la calzada de México-Tacuba, donde hoy en día se levanta una oficina de DHL Express. Se trata de un edificio de una sola planta pintado íntegramente del color amarillo mostaza propio de la compañía. La casa hace esquina con la calle Lago Tlahuac, que es de doble sentido, y, si se cruza por el paso de cebra, se topa uno de frente con una ferretería industrial y, a continuación, con una academia de música llamada Sonata.

A pesar de que han transcurrido más de cinco siglos, la avenida de seis carriles —tres en cada dirección— se sigue llamando igual: calzada de Tacuba. En tiempos de Hernán Cortés, servía para entrar y salir de Tenochtitlan por el oeste, en dirección a la ciudad de Tacuba, entonces denominada Tlacopan, que en náhuatl significa «lugar sobre las varas». Probablemente, lo que nosotros llamamos «cañaveral» o «juncal».

Tenochtitlan es una isla en medio de un lago. Se comunica con la tierra firme a través de cuatro calzadas por las que a diario transitan miles y miles de viandantes. Y es que en la isla viven casi cuatrocientas mil personas. Se trata de una de las ciudades más espléndidas del mundo, por mucho que el mundo lo haya ignorado hasta hace menos de ocho meses.

Las tres mujeres provienen de la evacuación del palacio de Axayácatl, levantado a cuatro kilómetros en dirección este. Junto a un gran contingente formado por cuatro mil cuatrocientas cincuenta personas —parte de las cuales son españolas y parte, tlaxcaltecas—, llevan desde la media noche huyendo bajo una incesante lluvia. En un primer momento, con éxito, pues los mexicas —aquellos de los que huyen— no las han descubierto. Después, cuando las descubren, en medio de un caos difícil de explicar.

Lo cierto es que, a esa hora, casi la mitad de esas cuatro mil cuatrocientas cincuenta personas ha muerto. Las tres mujeres no lo saben, aunque lo sospechan. Hace rato que han perdido el contacto con los suyos y lo único que se les ocurre hacer es ceñirse al plan inicial, esto es, abandonar, a cualquier precio, Tenochtitlan.

Las tres mujeres son muy jóvenes: ninguna de ellas ha cumplido los dieciocho años. Las tres son indígenas americanas. Dos están embarazadas. Dos tienen al náhuatl como lengua materna. La tercera, al maya. Una, no obstante, es bilingüe y domina ambos idiomas.

Las tres tienen muchísimo miedo. Aún faltan setenta minutos para que se haga de día, lo que significa que habrán de cubrir a oscuras el resto del trayecto hasta la tierra firme. De pronto, a la altura de la oficina de DHL Express, una compañía formada por diez soldados mexicas les sale al paso. Los diez portan un arma de largo alcance que lanza dardos de hasta dos metros de longitud. Gracias al propulsor, la velocidad que adquiere el proyectil es muy superior a la que alcanzaría siendo lanzado a brazo desnudo. No se trata de una innovación mexicana —propulsores como estos existen desde el paleolítico en muchas partes del mundo—, aunque son los mexicas los que lo traen a épocas tan recientes como el siglo XVI.

Uno de esos soldados da un paso hacia el frente. Lleva el lanzadardos cargado y, en una sucesión de gestos muy rápidos —primero, levanta el arma hasta situarla a la altura de la cabeza; después, echa el brazo hacia atrás; por fin, se estira en dirección al frente—, dispara tal y como hacen los jabalinistas. El proyectil recorre el escaso espacio que separa al soldado mexica de las tres mujeres y, con una potencia asombrosa, se clava en el pecho de una de ellas. La mujer muere de inmediato.

Un segundo soldado da un paso al frente. Quedan dos muchachas con vida, de manera que cualquier observador independiente adivinaría cuál es su intención. Y no se equivocaría. Este soldado se dispone a matar a una de las dos aterrorizadas mujeres. Las cuales, recordémoslo, permanecen indefensas bajo una intensa lluvia.

Pero no por mucho tiempo. De repente, desde un lugar a espaldas de las mujeres, un nuevo personaje hace acto de presencia. Se trata de una figura ataviada al estilo de los hombres de guerra españoles. Va bien vestido y bien pertrechado. En una mano, sostiene una espada de un metro de largo. La empuñadura es corta y rematada con un pomo que equilibra el arma. Entre la empuñadura y la hoja, una guarda muy simple —que otorga forma de cruz a la espada— protege los dedos de quien la esgrime.

En la otra mano, el personaje recién aparecido se embraza una adarga, que es ese escudo tan peculiar que se menciona en la primera línea del *Quijote*: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor». Esa adarga antigua bien podría ser la de nuestro hombre, no en vano Miguel de Cervantes está escribiendo la línea hacia el año 1600 y el tiempo presente se remota a 1520. De hecho, el *Quijote* es una sátira de lo que ahora está sucediendo en la calzada de México-Tacuba: que un caballero andante acude en auxilio de unas damas en peligro.

La adarga, para quien lo desconozca, tiene forma de corazón. Está fabricada con varias capas de cuero hervido y encolado y, aunque no posee la eficacia de un escudo metálico, sirve, en la mayor parte de las ocasiones, para salir holgadamente del paso. El caballero andante —es realmente andante, pues viene caminando desde Tenochtitlan— no duda en intervenir para salvar a las muchachas que aún siguen con vida en lo alto de la calzada. Por suerte para él, dos aspectos se suman a su determinación: el primero, que, en la guerra, como en la vida, quien da primero da dos veces; el segundo, que la compañía de soldados mexicas está lo suficientemente especializada como para que se les dé de maravilla el lanzamiento de dardos pero fatal el combate cuerpo a cuerpo.

En cuestión de minutos, aliándose con la oscuridad nocturna y con la intensa lluvia, el caballero mata a todos los mexicas. Mientras

lo hace, ordena a las dos mujeres, a gritos y en castellano, que se muevan: «¡Pasad! ¡Pasad!», les dice. Las dos mujeres obedecen de inmediato y continúan su camino en dirección oeste, es decir, hacia el lugar donde hoy se levanta Trofeos Lobo, una empresa que, como su propio nombre indica, se dedica a la venta de copas, medallas y galardones. La lluvia ha hecho que el firme no lo sea tanto y una de las dos muchachas resbala y cae de rodillas. La otra, de inmediato, se detiene y la ayuda a reincorporarse.

Están agotadas. Han pasado por un calvario que aún está lejos de finalizar. De ese calvario, una de esas dos jóvenes —que, como hemos dicho, no superan los dieciocho años— es directamente responsable. Sin su concurrencia, Hernán Cortés y sus hombres jamás habrían logrado llegar hasta donde lo han hecho.

El nombre cristiano —ese con el que ella misma comienza a identificarse plenamente— de esa chica es Marina.

Y esta es su historia.

Justo en el momento en el que el sol se pone por el horizonte, ni un instante antes ni un instante después, los judíos establecían el cambio de día. Era ayer y ya es hoy. Los cristianos, que surgieron de los judíos, decidieron que a ese punto lo describía la media noche. Eran, en ese sentido, más prácticos: cuando toda actividad humana cesa, un día da paso a otro de la forma menos perturbadora posible. Los nahuas,* por su parte, que jamás habían visto a un cristiano y mucho menos a un judío, creían firmemente en que la frontera entre dos jornadas se hallaba en el mediodía, cuando el gran sol dador de vida se encuentra en su cenit. Recuérdese, pues más adelante regresaremos a este párrafo.

* Los nahuas son un grupo indígena que, a principios del siglo XVI, habitaba el Anáhuac, esto es, la región que se extiende a través de los valles centrales del actual México. Su lengua común es el náhuatl. Al efecto de esta novela, conviene saber que todos los mexicas son nahuas, pero no todos los nahuas son mexicas (como todos los madrileños son españoles pero no todos los españoles son madrileños). Una precisión final. Pese a que habitualmente se usan como sinónimos, mexicas y aztecas no son lo mismo. Los mexicas son los habitantes de una isla que comprende dos ciudades gemelas: México-Tenochtitlan, fundada en 1325, y México-Tlatelolco, fundada en 1337 por disidentes de la anterior; las dos ciudades juntas forman México. Los aztecas, por su parte, son el conjunto de pueblos, incluido el mexica, que en un pasado remoto abandonaron un lugar llamado Aztlan, cuya ubicación se desconoce y que, al menos en parte, es mítico.

La mujer encinta experimentó los primeros dolores de parto mientras presenciaba el sacrificio de la víctima en honor de Toci, madre de todos los dioses y diosa, ella misma, de la salud y de los temascales.* En Oluta, una pequeña ciudad a un mes de camino de la inmensa Tenochtitlan, sentían auténtica veneración por los dioses correspondientes al mes de *ochpaniztli* —que era en el que se encontraban—, y a ellos, la mencionada Toci y Tlazoltéotl, diosa de la lujuria, el sexo y la carnalidad, los oluteños se encomendaban. Y una mujer en avanzadísimo estado de gestación, más que nadie. ¿Cómo no hacerlo, si un simple desdén a cualquier deidad, el menor de los desaires, podía arrojar, como resultado, la desgracia no ya para ella misma —que también— sino sobre la criatura que llevaba en su vientre? No, ninguna embarazada en su sano juicio se arriesgaría a tanto.

Así pues, la mujer encinta presenció el sacrificio en primera fila. El ritual se llevaba adelante en el templo mayor de Oluta —la ciudad, ya se ha dicho, era pequeña, pero contaba, como era normal entre las poblaciones nahuas, con numerosos templos, muchos de ellos atendidos por una familia, por un gremio, por un grupo de amigos incluso— y a las personas que especialmente precisaban la protección de las diosas se les ofrecían los mejores asientos. El ritual en honor de Toci era, muy al gusto de los nahuas, complejo, ardoroso y salvaje. El acto principal consistía en el sacrificio de una mujer. Para ello, se elegía con antelación a la víctima —víctima a nuestros ojos, pues para ella suponía el mayor honor que se le podía haber hecho: sus parientes no cabían en sí de gozo y alardearían de aquella situación durante el resto de sus existencias—, y se la agasajaba durante los primeros trece días de *ochpaniztli*. No había honor que la mujer no recibiera. Se bailaba ante ella, se la vestía con los atributos propios de la mismísima Toci y tenían lugar abigarradas representaciones teatrales con ella como protagonista. Las jóvenes de la localidad, sobre todo las adolescentes, experimentaban una honda envidia por lo que aquella mujer había conseguido. Ojalá que a ellas les sucediera, en el futuro, algo similar.

* Un temascal es un baño de vapor de hierbas y aromas propio de la medicina tradicional nahua.

La víctima no hizo acto de presencia hasta que todo estuvo preparado. El sacerdote principal del templo era un hombre minucioso al que no le gustaba dejar nada al azar. Con suficiente antelación, había preparado el *téchcatl** y lo había consagrado, como correspondía, a la diosa a la que se ofrendaría el tributo. Cuando la víctima se aproximó a él —vestida tan solo con una manta orlada de pedrería preciosa, lágrimas de oro y plumas de mil colores—, la multitud agolpada en las inmediaciones del templo no pudo evitar un murmullo sobrecogido. Daba gusto verla a la luz tenue del atardecer.

Antes de encaramarse al *téchcatl*, la víctima se deshizo de su manta, que en la misma posición en la que cayó quedaría en el suelo del templo durante siete días. Completamente desnuda, por lo tanto, dio sus últimos pasos hacia la piedra. Allí, además del sacerdote principal, la aguardaban cuatro sacerdotes auxiliares. Cuando la víctima cerró los ojos —la emoción la vencía por momentos—, fueron ellos quienes la sostuvieron y la alzaron sobre la piedra.

La piedra en sí era estrecha y la víctima solo podía apoyar sus glúteos en ella. Cuando lo hacía, los cuatro sacerdotes auxiliares la tomaban por los brazos y por las piernas y estiraban de ellos hasta que el cuerpo de la víctima formaba un aspa.

Y el silencio más grande del universo conocido caía sobre el lugar.

El sacerdote principal levantó, entonces, un *técpatl*** y lo mostró a la multitud. La empuñadura estaba hecha de madera con incrustaciones preciosas de turquesas y el filo era de cuarzo. Por aquel filo habían pasado miles y miles de pechos a lo largo de la historia de Oluta, lo cual era un orgullo para todos los oluteños. Aquí, hacían su parte en el inmenso esfuerzo humano por mantener el mundo existiendo.

La víctima respiró por última vez. En un movimiento expeditivo y poderoso, el sacerdote principal hundió el *técpatl* justo bajo la caja torácica. Realizó una incisión profunda, ladeó el filo con la intención de abrir la herida y, acto seguido, extrajo el cuchillo. La víctima continuaba viva y consciente, pero había que actuar con presteza si se quería completar el sacrificio con éxito.

* Piedra sacrificial.

** Cuchillo sacrificial.

Mientras la multitud contenía el aliento, el sacerdote introdujo su mano derecha en la brecha sangrante mientras en la izquierda sujetaba el *técpatl*. Ahora, todo era cuestión de pericia. Por suerte para los oluteños, él había realizado cientos de veces esta operación y sabía cómo completarla. El corte había dejado expuesto el hígado de la víctima, que es un órgano sumamente blando que apenas ofrece resistencia a la presión. El sacerdote, por lo tanto, lo comprimió con un gesto de la palma de la mano e impulsó a esta hacia arriba bajo la caja torácica de la mujer. En medio de ella, se encontraba el corazón. El sacerdote lo tocó con la punta de los dedos y percibió su palpitación. Llegaba el instante más delicado de la maniobra: había que agarrar el corazón y, tirando de él, extraerlo a través de la hendidura practicada en el pecho. Si no se realizaba con suficiente habilidad, el corazón podía llegar a atorarse entre las costillas o, peor aún, partirse por la mitad. Los dioses, en consecuencia, no se sentirían nada satisfechos y el pueblo nahua, parece obvio, tampoco. Al sacerdote, entonces, no le quedaría más remedio que rendir cuentas. Y aquel trance no era nada agradable, de verdad que no.

Hoy no sucedería así. El sacerdote atrapó el corazón entre sus cinco dedos y tiró con energía de él. Sabía que no podía extraerlo sin cercenar, antes, los vasos sanguíneos que lo comunicaban con el organismo, la membrana que lo recubría y la maraña de ligamentos que lo fijaba a los huesos cercanos y a la espina dorsal. Pero para ello empuñaba, en la mano izquierda, el *técpatl*. En cuanto el corazón estuvo a la vista, acercó el filo del cuchillo a la herida —de la que ya manaban ríos de sangre— y cortó con maestría para liberarlo.

La víctima expiró en el momento en el que el sacerdote levantaba el corazón sobre su cabeza y lo mostraba a la multitud. Sin embargo, la ceremonia proseguía y los espectadores, como no podía ser de otra forma, estaban invitados a ella. El corazón de la mujer muerta fue arrojado a un *cuauhxicalli*,* de donde no sería jamás extraído. Allí se pudriría o sería pasto de las moscas, lo que antes sucediese.

No así el resto del cuerpo de la víctima, cuya piel era necesaria para dar continuación al ritual: tras depositar, los cuatro sacerdotes

* Literalmente, «vasija águila». Se trata de un recipiente de piedra utilizado exclusivamente con el fin descrito.

auxiliares, el cadáver de la víctima en el suelo, comenzaron, siempre bajo la supervisión del sacerdote principal, a desollarlo, valiéndose para ello de unas finísimas cuchillas de obsidiana que hacían las veces de escalpelos. La operación se extendía hasta bien entrada la noche y había que encender numerosas antorchas para que ningún testigo fuese ajeno al espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos.

Una vez que el cadáver de la mujer estuvo en carne viva, su piel fue ropa y vestido para el sacerdote principal, que se la embutió para así travestirse en la diosa Toci. La muchedumbre, tras un silencio que se había extendido durante horas, aulló, ahora sí, en medio de un éxtasis indescriptible. La propia mujer encinta se puso en pie y levantó los brazos hacia la noche. Fue entonces cuando sufrió la primera contracción. Llegaba el bebé.

Habría sido de muy mal gusto levantarse y abandonar la ceremonia. Y una falta de respeto hacia la víctima cuyo cuerpo se había ofrecido en sacrificio. Por ello, la mujer encinta decidió aguardar. Este era su primer embarazo —lo cual significaba que se hallaba muerta de miedo—, pero, según le habían explicado las mujeres más experimentadas de su familia, a la aparición de los dolores y al alumbramiento los podía llegar a separar una jornada completa, con su día y su noche.

Aguantaría. Se aproximaba la culminación de la ceremonia. El sacerdote principal, vestido con la piel de la mujer sacrificada, se situó de cara a la muchedumbre expectante. Decenas y decenas de antorchas encendidas lo iluminaban. Con sumo cuidado, dos de sus auxiliares extendieron sobre su rostro un trozo de piel proveniente del muslo derecho de la víctima. Creaban, así, una máscara que emulaba el semblante lascivo de Tlazoltéotl. Con una lentitud tétrica, el sacerdote comenzó a agacharse. Lo hacía separando los brazos del cuerpo y, al tiempo, abriendo las piernas, acuclillándose. Pretendía así imitar a una mujer pariendo un hijo, pues él era, en aquel preciso instante, no ya la imagen de Tlazoltéotl, sino Tlazoltéotl revivida.

Daba, entonces, inicio la velada puramente festiva. Tlazoltéotl regresaba a su reino natural —para ello, el sacerdote se deshacía del disfraz de piel, retornando, así, a su condición de hombre mundano— y los oluteños se aprestaban a bailar y a comer durante lo que restaba de noche.

Era costumbre que los niños más pequeños accedieran, en compañía de sus padres, al recinto del templo, donde contemplaban el cadáver sacrificado y le daban las gracias, pues esa sangre derramada constituía el combustible que el inestable mundo nahua utilizaba para continuar existiendo con nosotros dentro. Fueron estas constantes idas y venidas las que sirvieron de excusa a la mujer encinta para abandonar, ahora sí, las inmediaciones del templo y encaminarse hacia su casa.

Los nahuas estaban acostumbrados a vivir de noche, lo cual los obligaba a contar con lámparas, candiles, teas y, en general, cualquier cosa que sirviera para alumbrarse en la oscuridad. La mujer encinta pudo, de este modo, guiarse hasta su casa y, una vez dentro de ella y tras encender una lamparita, orientarse sin golpearse contra los muebles.

La vivienda, construida de adobe, poseía dos estancias —una de ellas, la alcoba; la otra hacía las veces de despensa y almacén—, una cocina dotada de hogar y el santuario ante el que su marido y él rezaban a los dioses. Unido a la construcción pero con acceso independiente se ubicaba el retrete, que no era más que un pozo ciego que había que vaciar con asiduidad.

Como las contracciones iban a más, la mujer se tumbó sobre su estera y, con ambas manos sobre la barriga, intentó mantener la calma. Su marido se encontraba participando en la fiesta junto al resto de varones pertenecientes a su clase social: los *pipiltin*.^{*} Un *pilli* no era más que un pequeño aristócrata, alguien que no pertenecía al pueblo llano pero que tampoco se contaba entre las gentes que componen claramente las clases dirigentes. El hecho de que Oluta fuese una población rural no ayudaba, y la mujer encinta y su marido apenas gozaban de privilegios que los distinguiesen de sus convecinos.

Con el paso de los años —de no muchos años—, llegarían a aquellas tierras unos hombres que se definían a sí mismos como hidalgos. Es decir, nobles sobre el papel, aunque apenas distintos del pueblo llano. De hecho, si pusieron sus pies en aquel remoto país fue porque necesitaban ganarse la vida, pues carecían de propiedades o de rentas.

* Singular: *pilli*; plural: *pipiltin*.

Un hidalgo y un *pilli* vienen a ser asuntos parecidos. Lo cual no dejará, en esta historia, de contener su ironía.

Cuando amaneció, la mujer encinta se despertó y descubrió que su marido dormía a su lado. Bueno, al menos había tenido la decencia de no hacer ruido cuando regresó de la juerga. En Oluta —y en el mundo nahua en general—, la ebriedad se perseguía con fiereza. Si las autoridades te sorprendían borracho en plena calle, el castigo podía ser de los que difícilmente se olvidan. Entre los nahuas, el arresto o la prisión tan propios de los mundos cristiano o musulmán no existían, y las penas se resolvían siempre con castigos donde la sangre, cómo no, había de correr. Así que la gente se tomaba muy en serio las leyes y las cumplía a rajatabla.

Lo cual no quiere decir que en las festividades oficiales no hubiese algo de manga ancha y se permitiese un consumo moderado de alcohol, sobre todo entre hombres hechos y derechos que ya habían fundado una familia y que, al menos a corto plazo, no debían partir rumbo al campo de batalla. Es por ello que los *pipiltin*, que no llevaban vidas regaladas y que todos los días trabajaban en firme para sacar adelante a los suyos, aprovechaban estas ocasionales relajaciones de las normas para echarse unos tragos de pulque* y quedarse tan anchos.

La mujer encinta se incorporó, con gran dificultad, en la estera. Observó a su marido, que roncaba con la boca abierta, y se acarició la barriga. En esa posición se mantuvo durante un buen rato —tenía ganas de orinar, pero prefirió aguantarse un poco y disfrutar de aquellos instantes de tranquilidad—, hasta que una contracción la hizo doblarse de dolor. Fue como un calambrazo inesperado que crispó todo su cuerpo. Aquello era serio.

De un codazo, despertó a su marido —que, en un primer momento, tan siquiera sabía dónde se hallaba— y le pidió que fuese a llamar a la partera. Llegaba el bebé.

Cuando el marido fue capaz de pensar con nitidez —tenía una resaca de narices—, se puso en pie y se apresuró a obedecer las

* El pulque es una bebida prehispánica que tuvo gran aceptación en Meso y Centroamérica. Se obtiene de la fermentación del zumo de maguey. Su graduación alcohólica es similar a la de la sidra.

indicaciones de su esposa. En la sociedad nahua, ni muchísimo menos los hombres estaban al servicio de las mujeres, pero hasta el más corto de entendederas es capaz de comprender que, en una situación como esta, más te vale agachar las orejas y estar a la altura de las circunstancias.

El marido de la mujer encinta lo estuvo y poco después de atravesar disparado la puerta de la vivienda, regresó a ella con la partera del brazo. La traía firmemente agarrada, como si a la buena señora fuese a darle por salir corriendo en lugar de acudir a la llamada del deber. En fin, los padres primerizos lo son en cualquier parte del mundo.

La partera mandó al marido que abandonara la alcoba y, ya a solas las dos mujeres, examinó a la parturienta. Efectivamente, el niño se encontraba en camino. No obstante, explicó, las contracciones debían ser más frecuentes y más dolorosas antes de que el niño naciera. «Tómalo con calma», le dijo. Y se marchó a seguir con sus asuntos mientras la mujer encinta la miraba estupefacta. ¿Acaso podía existir algo más importante en el mundo que aquello? Pues a juicio de la partera, sí.

Algo antes del mediodía, los dolores eran tales que la parturienta gritaba como nunca lo había hecho. El marido, que había decidido seguir al pie de la letra las instrucciones de la partera —«Avísame cuando invoque cien veces a Huitzilopochtli»—, pretendía saber más que la propia parturienta y se metió en la cocina para prepararse algo de comida. Aquella era tarea exclusiva de las mujeres, pero, por un día, haría una excepción. Así pues, gracias a que había masa de maíz en la fresquera, se preparó un tamal de ancas de rana, fríjoles, tomate y chile del que dio cuenta mientras escuchaba bramar a su sufrida esposa.

Pasaba ya con holgura la hora del mediodía cuando la parturienta dio un ultimátum: o le traía ayuda de una santa vez o paría ella sola y que fuese lo que los dioses quisieran. Ante semejante inventiva, el marido prefirió no jugársela y accedió a ir a por la partera. Esta, que tenía su oficio bien aprendido, ya se había preparado para actuar. En cuanto el marido cruzó la puerta de su casa —en Oluta, los accesos a las viviendas se cortaban con una simple cortina de algodón más o menos basto y nadie se llevaba las manos a la cabeza si se entraba sin llamar—, la partera estaba lista.

Y menos mal, pues aquel bebé tenía prisa, mucha prisa. Apenas había llegado la partera a la casa de la parturienta cuando esta, empapada en sudor y con el gesto convulsionado por el dolor extremo, comenzó a dar a luz. La partera, que poseía la cachaza propia de las de su oficio, aunque también su cuajo y su valentía, echó al marido de la casa —en medio de un parto, ¿qué pintaban los hombres?; que fuera avisando a la familia para que, cuando el bebé estuviera aquí, todos pudieran celebrarlo como manda la tradición— y ayudó a la parturienta a colocarse en cuclillas. «Ay, me voy a morir», dijo esta. Realmente lo pensaba, como bien sabe cualquier mujer que haya dado a luz y esté leyendo estas líneas. Sin embargo, la partera asumía que eso no siempre tiene por qué ser así. Su trabajo era el de convertir a una mujer encinta en una mujer viva y un bebé vivo en brazos de esta. A veces salía bien —las más de las veces, por fortuna— y a veces salía mal. En ocasiones, más de las que ella habría deseado, los partos se complicaban hasta el punto de que de su habilidad dependía que el resultado fuese un éxito o un desastre.

Con la parturienta en cuclillas, la partera comenzó a dar instrucciones cortas e imperativas. «¡Empuja!», «¡Ahora! ¡Otra vez! ¡Empuja!», «¡Vas muy bien! ¡Así! ¡Empuja!». Mientras lo hacía, se aseguró de que la cabeza del bebé se hallara bien situada. Solo restaba el esfuerzo final. «¡Lo veo!», gritó. De pronto, una mata de pelo negro apareció ante sus ojos. La partera extendió sus dos manos abiertas y sujetó la cabeza del bebé. «¡Un empujón más y lo tenemos!», exclamó. La parturienta, realizando un esfuerzo que ella consideró supremo, logró que los hombros del bebé quedaran al descubierto. A partir de ahí, la partera utilizó su buen oficio y, asiendo la carnecilla arrugada con menos miramientos de los que cualquiera ajeno a la profesión habría juzgado adecuados, tiró de ella hacia el exterior del útero.

«¡Lo tengo!», declaró, entusiasmada. Lo más difícil estaba hecho. A partir de ahora, debía asegurarse de que tanto la placenta como el cordón umbilical salieran por completo del útero de la parturienta. Para lograrlo, entregó al recién nacido a la exhausta madre, quien, no sin temor, lo tomó entre sus brazos. «¿Qué es?», preguntó mientras abandonaba su postura en cuclillas y se acostaba sobre una estera. Se refería, claro, a su sexo.

La partera se hallaba demasiado ocupada para responder. A ella solo le había sucedido en una ocasión, pero no era raro que mujeres enfermaran —y muriesen— días después de parir por habérseles quedado un trozo de placenta dentro. No, no; era necesario asegurarse. Que la euforia del momento no empañara la buena práctica de este oficio. Con cuidado, introdujo la mano en la vagina de la parturienta y trató de atrapar cualquier resto del embarazo.

Cuando hubo concluido, aún restaba una tarea adicional: cortar el cordón umbilical. La partera, en este momento, hacía las veces de sacerdotisa y pronunciaba el primero de los múltiples discursos y sermones que un nahua habría de escuchar a lo largo de su existencia. Para ello, y ahora sí, precisaba averiguar el sexo del recién nacido, pues la prédica masculina difería de la femenina. No tuvo ni que mirarle la entrepierna: la madre lo había hecho por ella y el desencanto que afloraba a su rostro explicaba a todas luces que la criatura era una niña. Podía haber sido un valeroso guerrero que trajera el orgullo a su casa pero solo era una niña. Por lo menos, parecía sana.

La partera recogió a la recién nacida de los brazos de su madre. La sostuvo por el vientre con la mano izquierda al tiempo que empuñaba un cuchillo de filo de obsidiana con la otra. Y dijo así:

—Serás como un corazón dentro de un cuerpo, como una semilla bajo la tierra. Serás la que sirve a los guerreros y la ceniza que, una vez que las llamas se extingan, reste en el hogar*.

A renglón seguido, usó el cuchillo de obsidiana para cortar el cordón umbilical.

Tras tomarse un pequeño descanso y recobrar el aliento, en el que devolvió la niña a su madre, la partera abandonó la estancia y la casa y fue a por agua. Llegaba el momento de limpiar al bebé para que pudiese ser presentado en condiciones a su familia.

En Oluta, existían varias fuentes que proveían de agua dulce a la población y la partera se encaminó hacia la más cercana con un cántaro en la mano. No tuvo que guardar cola —a las parteras, el resto de mujeres las dejaba pasar, porque hoy estaban ahí por otra, pero mañana podían estarlo por ellas— y pronto se halló de regreso en la casa de la recién parida.

* Texto adaptado del original transcrito por Bernal Díaz del Castillo.

Para limpiar al bebé, usó, además del agua, el fruto de un árbol llamado *copalxócotl*,* que, por mucho que cueste creerlo, producía unas bolitas marrones del tamaño de una avellana que suplían perfectamente al jabón. La partera se tomó su tiempo en esta operación, pues, además de la limpieza propiamente dicha, se hallaba obligada a rezar a Chalchiuhtlicue, diosa de los lagos, los ríos y los mares, y patrona de los nacimientos. Dado que el de hoy había sido exitoso, qué menos que recordarla entonando un salmo:

—Oh, señora, purgad el corazón de esta niña y aceptad que el agua se lleve lo que de impuro pervive en ella, la suciedad y la desdicha, y quede así en vuestras manos.

El padre, por su parte, ya había corrido a dar aviso no solo a la familia —quien prepararía el convite propio de la ocasión—, sino, y aquí el mundo nahua se explicaba a sí mismo, a un *tonalpouhqui*, que venía a ser el sacerdote encargado de averiguar qué destino le aguardaba al recién nacido. Para ello, el *tonalpouhqui* estaba obligado a consultar, analizar e interpretar todas y cada una de las señales que el universo —y los dioses a través de él— nos enviaba a los simples mortales. De un buen augurio dependía ni más ni menos que la felicidad futura del recién nacido. No convenía, por tanto, tomarse este asunto a la ligera.

El *tonalpouhqui* gozaba de un gran prestigio en la sociedad nahua. En Oluta disponían de dos —uno de ellos era el aprendiz del otro y el que, por lo tanto, heredaría el oficio— y fue el mayor de ellos —por lo que el padre de la recién nacida se felicitó en silencio, no fuese una palabra mal dicha a ofender— quien se encontraba aquel día disponible.

El *tonalpouhqui* —ataviado únicamente con un *máxtlatl*** bordado con cenefas geométricas— se presentó en la casa acompañado del marido de la parturienta y varios libros que le servirían de guía para averiguar el destino de la recién nacida. Los nahuas

* Se trata del chupandío, chupandillo o coco de cerro (*Cyrtocarpa procera*).

** Es el taparrabos masculino habitual en los pueblos de Mesoamérica. Se trata de una tira de tela que se anuda a la cintura, se pasa entre las piernas y cuelga en los extremos, uno por delante y el otro por detrás. Junto a la manta o *tilmahtli* y las sandalias, forma la indumentaria masculina habitual.

escribían larguísimos códices* que se desplegaban como si fuesen biombos. La mayor parte de ellos estaba elaborada con papel amate, una fibra especialmente versátil que los nahuas obtenían de los ficus. Sobre ella, y gracias a una representación realmente abigarrada, el *tonalpouhqui* portaba lo que podríamos denominar «sus apuntes de augur». Y es que ni viviendo cien veces un ser humano podría haber memorizado tanta y tan diversa información.

Apenas se había presentado el *tonalpouhqui* en la casa cuando preguntó a la partera a qué hora exacta había nacido la criatura. No se trataba de una excentricidad sin sentido y es aquí donde debemos enlazar con lo afirmado en el primer párrafo de este capítulo: importaba sobremanera si la niña había visto la luz un día u otro distinto, es decir, si había nacido antes o después del mediodía.

—Tras el mediodía —afirmó la partera.

El *tonalpouhqui* miró a la parturienta y esta asintió. Sí, tras el mediodía. Es decir, inequívocamente en el día de hoy, y no en el de ayer. Entiéndase y enváinensela aquellos que pretendan explicar que eso siempre es así porque no puede ser de otra forma: claro que el presente es siempre el hoy, pero cuando te mueves en terrenos lindantes, más vale tener muy en cuenta dónde se ubica exactamente esa frontera; más aún, si se sabe que de ello va a depender la suerte entera de una personita que ahora mismo está a punto de iniciar su existencia.

Tras una consulta a sus libros, el *tonalpouhqui* declaró que hoy era 8-Hierba.** Lo consultó y se aseguró, pues no existía un solo nahua que supiese con certeza en qué día vivía. Puede parecer extraño a ojos nuestros, pero piénsese que la mayoría de nosotros no es capaz de memorizar un calendario simple como el cristiano. Menos aún, un nahua podría hacer lo propio con unas cuentas complejísimas, plagadas de hechos contradictorios y dominadas por la arbitrariedad. Que el *tonalpouhqui* contara con un libro cuya utilidad única era la de averiguar qué día es hoy no debe sorprender a nadie.

* Los hay hasta de diez metros de largo.

** Una de las 260 combinaciones posibles entre los trece números y los veinte signos que componen el *tonalpohualli* o cuenta de los días, uno de los dos sistemas de conteo propios de las culturas mesoamericanas. El *tonalpouhqui* es su intérprete.

Bien. Hoy era 8-Hierba, y el *tonalpouhqui* separó, de inmediato, el signo del número. El signo Hierba no traía consigo un buen augurio: los nacidos bajo la influencia de ese signo serían de carácter enfermizo y no bien saldrían de una estarían metidos en otra. Por suerte, siempre sanarían, como, en efecto, hace la hierba en sus ciclos anuales: enferma y casi muere pero al año siguiente renace.

A Hierba la influenciaba el número que la antecedía en la denominación. En este caso, el 8, aunque podría haber sido cualquiera en la sucesión del 1 al 13. A un signo demasiado propicio, convenía encontrarle cierto freno en su alteración numérica. El *tonalpouhqui* quiso hallarla pero no la encontró: el 8 no encerraba augurios poderosos, aunque tampoco, sirva de consuelo, terribles desgracias.

La deidad asociada a Hierba era Pahtécatl, dios de las hierbas medicinales y señor del peyote* y del pulque. El *tonalpouhqui* frunció el ceño: si el augurio sobre el que había de influir la presencia de Pahtécatl fuese excelente, quizás él lo habría calificado como adecuado. ¿Acaso no conviene rebajar expectativas cuando estas son absurdamente altas? Un dios borrachuzo habría venido como anillo al dedo. Sin embargo, en el caso actual, con un augurio en ciernes bastante justo de bondades, la presencia de Pahtécatl no hacía sino ensombrecer el ánimo del *tonalpouhqui*: la predicción adquiriría una mala pinta que para qué.

Con el ánimo de asegurarse, consultó el mes correspondiente al día de hoy: se encontraban en pleno *ochpaniztli*,** con sus consiguientes dioses —diosas, en este caso— patronos: Toci y Tlazoltéotl. La primera era, sin duda, una deidad benefactora: si rezabas y reverenciabas a Toci, ella te correspondía con una buena salud.

La segunda, Tlazoltéotl, precisaba de una interpretación adicional. Era la diosa de la ilicitud amorosa, de la trasgresión sexual. De, para entendernos, los maridos que engañan a sus esposas y de las esposas que engañan a sus maridos. No obstante, y siendo verdad

* Pequeño cactus conocido por contener mescalina, sustancia que provoca, al ingerirse, estados modificados de la consciencia.

** Uno de los dieciocho meses del *xiuhpohualli* o cuenta de los meses. De la combinación del *tonalpohualli* y del *xiuhpohualli*, se obtiene un ciclo de 52 años denominado Rueda Calendárica o *xiuhmolpilli*, y que es común a todos los calendarios mesoamericanos.

todo esto, Tlazoltéotl también reinaba sobre los embarazos y los posteriores alumbramientos —la consecuencia directa de las infidelidades conyugales, dicho sea de paso—, lo cual, en sí, no es malo. Traer críos al mundo siempre es una alegría, aunque sean del vecino.

El *tonalpouhqui* se rascó la coronilla. Que nadie dijera que no se estaba ganando el sueldo. Existían más variables que influirían en la vida de la niña recién llegada al mundo: no era lo mismo haber nacido antes del cenit del sol en su viaje diario que hacerlo después; no era lo mismo que el año en curso hubiese dado inicio en un día o en otro; no era lo mismo haber nacido orientado hacia un punto cardinal que hacerlo hacia otro; y así sucesivamente. De hecho, hasta existía un grupo formado por nueve dioses —llamados los Señores de la Noche— que se relacionaba con las cuentas y designios anteriores sin atender a previsiones, y alteraba los augurios —a veces de forma muy significativa— tanto para bien como para mal. O, mientras cavilabas con los libros en la mano, se cruzaba un ratón por delante y este hecho *a priori* insignificante alteraba todo lo anterior.

En resumen, que el *tonalpouhqui* no creyó que aquella niña recién nacida fuese a gozar de una vida fabulosa, aunque tampoco todo lo contrario: presagiaba desdichas —nítidamente, además, pues el augurio era claro en ese sentido—, pero que serían inesperadamente resarcidas.

Todo *tonalpouhqui* sabía, y he ahí el oficio de cada cual, compensar augurios mediocres. Si veía que el vaticinio pintaba rematadamente mal para el recién nacido, existía un recurso de última hora para alterarlo: influenciarlo, a su vez, a través de la elección de un buen día para el bautizo. Este debía elegirse entre los cuatro siguientes al del nacimiento. Así las cosas, la niña había nacido en 8-Hierba. Los cuatro días que a continuación aparecían en el calendario eran: 9-Carrizo, 10-Jaguar, 11-Águila y 12-Buitre.

El *tonalpouhqui* no albergó duda al respecto, pues había sido una suerte que el signo Buitre apareciera en la correlación. Algo alejado del día del nacimiento —el más alejado— aunque disponible. El *tonalpouhqui* determinó que el bautizo de la niña tuviese lugar dentro de cuatro días «para que sus vínculos propiciatorios brotasen fuertes y briosos». Los nacidos bajo el influjo del signo Buitre nacían sanos y con las ideas claras. Muchos de ellos ascenderían a posiciones

de privilegio social y se convertirían en grandes guerreros o en sabios gobernantes. Y, vale, bautizarte en tal día no era lo mismo que nacer en él, pero algo era algo. El *tonalpouhqui* buscó, además, cuán grande era el dominio del número 12 sobre el signo Buitre y lo consideró ligeramente positivo. Decidido, pues. Y ni tan mal.

Advertidos los progenitores de que el pronóstico era más bien modesto, se prestaron estos a hacer lo posible para empujarlo hacia arriba. La inestabilidad continua del universo de los nahuas permitía convencer a los dioses de que, en último término, no fueran tan severos como en un principio se había previsto. ¿Y cómo accederían a su favor? Preparando, para el día del bautizo, una fiesta por todo lo alto.

El padre de la recién nacida se encargó de organizar el convite. La preparación del banquete —el pobre hombre tuvo que pedir prestado, pero creyó que la ocasión lo merecía— correría a cargo tanto de su madre y de su suegra como de las hermanas y cuñadas que aún se hallaban solteras o que ya habían enviudado.

Cuatro días, si lo piensas, tampoco dan para tanto. Hubo que apañárselas para conseguir provisión suficiente destinada a contentar a, al menos, veinticinco personas. Se adquirieron cuatro perros cebados —los nahuas no criaban más animales que los perros y los pavos— y los sacrificaron con la intención de, una vez destripados y sazonados, ser asados a fuego lento. Su carne se deshilaría más tarde para ser consumida en tamales junto a una guarnición de judías verdes y salsa de chile.

También prepararon una buena olla de atole de maíz que acompañarían de los más delicados manjares: huevas de mosca acuática, hormigas aladas, raíces dulces, renacuajos, camarones, ranas, iguana cocida con nueces y mandioca, y un variado surtido de frutas.

Mientras que el ajetreo en la cocina era incesante, el padre y algunos de sus amigos enterraban la placenta en un rincón de la casa al tiempo que confeccionaban un ajuar en miniatura para ser utilizado durante el bautizo. Si el bebé era un niño, un arquito con unas flechitas; si era niña, un cofrecito. Y, por supuesto, debían escoger un nombre para la criatura. El uso habitual pasaba por elegir una denominación con solera en la familia u optar por un nombre relacionado con el día del nacimiento.

El padre no quería correr riesgos innecesarios. Puesto que la niña había nacido en 8-Hierba, se llamaría Malinalli.* De ninguna manera convenía incordiar más a los dioses. Además, Malinalli era un nombre muy bonito. O, al menos, a él así se lo pareció.

Por fin llegó 12-Buitre. La familia entera de la recién nacida se reunió y respetuosamente invocó a la partera que la había traído al mundo, quien, tras presentarse en el lugar, asumió la tarea de dirigir un ritual que, por extraño que parezca, se parecía mucho al cristiano: la partera tomaba una jarra de agua y con ella iba mojando al bebé en varias partes de su cuerpo para de este modo purificarlo y atraerlo al lado correcto del universo, ese por el que los dioses velan y que nosotros impulsamos con nuestra sangre.

Algo después, se invocaba a Yoaltíctil, diosa de las cunas, para que protegiera el lugar donde el bebé descansaría por las noches. Era ese el momento en el que el nombre de la criatura se daba a conocer. Los invitados a la ceremonia lo sabían de antemano, pues los nahuas no eran menos cotillas que cualquier otro pueblo del mundo, pero se solía fingir que su anunciación causaba sorpresa. Agradable, se entiende, pues no se desairaba a aquellos cuya comida te estabas zampando.

La niña —en adelante, Malinalli— pasaba de mano en mano a la vez que los asistentes se acuclillaban en círculos y las mujeres de la casa procedían a servir el convite. Se trataba de momentos solemnes, donde la alegría y el gozo se imponían a cualquier sentimiento aciago. Los nahuas, si era necesario, se fingirían felices para que su quebradizo país no saltara por los aires con ellos dentro.

Tras el almuerzo, se sirvieron cuencos de cacao espumoso y los comensales fueron abandonando su posición en cuclillas para sentarse y echar la espalda hacia atrás. Malinalli, para entonces, ya había sido abrazada por todos y cada uno de los presentes, quienes la bendecían, la encomendaban a los dioses en los que ellos particularmente creían y, en suma, le daban la bienvenida.

Era, Malinalli, una niña alegre y vivaz que, con solo cuatro días de vida, ya sonreía a los que le hacían mimos o carantoñas. «No será difícil encontrarle un marido», podía expresar alguno de los

* Malinalli quiere decir «hierba» en náhuatl.

convidados. «No me extrañaría que, más adelante, haya que llamarla al orden», rezongaba alguna vieja, que creía que las jóvenes de hoy eran todas unas desvergonzadas. «Yo creo que esta niña está predestinada a realizar grandes obras», aseguró un tercero. Para entonces, el pulque ya había comenzado a correr de tapadillo —no convenía escandalizar a las abuelas ni llamar la atención de las autoridades— y a más de uno se le soltó la lengua.

«¿Cómo va a destacar en nada, si nunca saldrá de Oluta?», se preguntó el padre de Malinalli, que se hallaba exultante tras el éxito de la celebración. «La vida da muchas vueltas», contestó uno de sus amigos. «Si al menos me hubiese nacido varón...». «No te desesperes... Las niñas siempre son útiles para ayudar a sus madres con las tareas de casa». «Es cierto, pero habría preferido un muchacho del que enorgullecerme cuando retornara victorioso del campo de batalla». «Sí, es verdad que nada supera a eso...».



Malinalli pasó los primeros tres años de su vida tal y como se esperaba de ella: siendo una niña que había de sobrevivir a unos augurios postnatales un tanto dudosos. Y, cuando parecía que la existencia ya se había encaminado y que se encontraba fuera de todo peligro, sucedió algo que cambiaría para siempre su destino: su padre murió.

Un día, el hombre llegó a casa afirmando que se sentía mal. Se echó sobre su estera y, antes de que el sol hubiese completado un ciclo, había expirado. Qué desgracia —no ya para él, que se dirigía al Mictlan* y ya ni sentía ni padecía—, sino para su viuda y su huérfana, que se quedaban a verlas venir.

En un pueblo guerrero como el nahua, la muerte siempre está presente. Morir en el campo de batalla suponía un honor, al igual que ser conveniente y procedimentalmente sacrificado a los dioses. Para las almas de estos muertos existían cielos específicos —muy ambicionados—, pero el común de los mortales acababa en el Mictlan.

* Uno de los destinos posibles en el inframundo de los nahuas.

Que no es que fuese malo, no, pero que tampoco era, por decir algo, el Tlalocan o el Tamoanchan: si dabas con tu alma en estos, la suerte te había sonreído para toda la eternidad.

El destino del padre de Malinalli era, pues, el Mictlan, un inframundo tirando a frío y sepulcral en el que moraba Mictlantecuhtli,* dios de las sombras que en lugar de una cabeza carnosa luce al aire una calavera, junto a su esposa, la diosa Mictecacíhuatl, cuya única obsesión es la de vigilar los huesos de los muertos. En fin, un destino muy poco apacible. Tampoco es que los hombres y las mujeres nahuas dispusiesen de demasiadas posibilidades: todas y cada una de las cosas que nos acontecen están escritas y descritas, y si no lo sabemos con antelación es solo porque el *tonalpouhqui* que interpretó nuestros augurios no anduvo, aquel día, demasiado fino.

¿Estaba previsto por los dioses que el padre de Malinalli muriese cuando esta tenía tres años? Para los nahuas, sin ningún género de duda. ¿Se podía aplacar un designio, o transformarlo, o cambiarlo incluso? Bueno, sí y no. Si te quedabas de brazos cruzados, no cabe duda de que no. Los dioses seguirían adelante con sus planes, puede que tomándose a mal tu inacción y empeorándolos por puro despecho. O sí —y a esta posibilidad dedicaban sus íntegras existencias los nahuas—, siempre y cuando los dioses recibiesen, en forma de sangre y sacrificios, la debida pleitesía, el debido acatamiento, la sumisión perpetua e incondicional de las gentes mortales.

Como el padre de Malinalli era, ya se ha dicho, un *pilli*, se le dispensaron unas exequias propias de su condición. A diferencia de lo que sucede con las creencias cristianas —en las que el sujeto moría y su suerte ya estaba echada: fuese la que fuese, los que quedaban a este lado de la existencia nada podían hacer por cambiarla, salvo rogar y rogar a Yahvé quién sabe con qué eficacia—, las propias de los nahuas permitían que a un cadáver reciente se le pudiese echar una mano para que superara con éxito las difíciles pruebas que hallaría en su camino hacia el Mictlan. Porque, siendo este un destino no demasiado halagüeño, peor era quedarse por el camino en una tierra de nadie en absoluto comfortable.

* Sus homólogos europeos podrían ser el Hades griego o el Plutón romano.

En Oluta, se lloró la prematura muerte del padre de Malinalli, aunque no amargamente, pues, entre ellos, se asumía que el mal destino era el destino habitual. Digamos que se lo tomaban con serenidad y cierta indiferencia, como si implicarse a fondo en la propia vida no trajese más que disgustos.

Cuando llegó la hora de incinerar el cuerpo, la madre de Malinalli adquirió un perrillo de pelo rojo que, tras ser sacrificado y ofrendada su sangre a Mictlantecuhtli, acompañaría en su viaje al finado. Aún habrían de quemar todas sus pertenencias —ochenta días después y guardando remanentes suficientes para las quemas conmemorativas que tendrían lugar dentro de un año, de dos, de tres y de cuatro— y, qué remedio, pasar página. En el mundo nahua, como en cualquier otro mundo conocido o por conocer, los muertos se marchan y ya no regresan. Se llorarán más o menos, el recuerdo que tras ellos dejarán habrá calado en mayor o menor medida, pero su existencia ha prescrito. Y los vivos deben continuar adelante.

Eso debió de pensar la madre de Malinalli, a la que le salieron pretendientes estando aún calientes las cenizas de su marido. Su condición de *pilli* la hacía atractiva a ojos de muchos varones, que ascenderían en la jerarquía social desposándose con ella. Al final, la madre de Malinalli tuvo donde escoger y escogió: optó por casarse con uno de los caciques de Oluta, un hombre por cuyas manos pasaban ciertas tareas relacionadas con la gobernación de la ciudad y que prometió cuidar tanto de ella como de su hija. En la sociedad nahua se progresaba. Uno podía nacer como parte del pueblo llano, pero, si trabajaba duro y aprovechaba las oportunidades que se le presentaban, conseguía labrarse un futuro. Por supuesto, los augurios debían acompañar pues, de lo contrario, nada de esto habría servido para nada.

Al principio, el nuevo marido de la madre de Malinalli trató bien a Malinalli. Era un hombre que casi nunca estaba en casa, de modo que no parecía difícil. Los problemas se presentaron cuando, un año más tarde, al cumplir Malinalli los cuatro años de edad, su madre volvió a quedarse encinta. No era algo con lo que no se contara —no se esperaba otra cosa de las mujeres nahuas en edad fértil—, aunque el hecho de que el embarazo no fuese una posibilidad sino una certeza cambió las tornas. De pronto, Malinalli comenzó a estorbar.

Y podría decirse que qué más habría dado. Vendría un nuevo hijo y habría hueco para los dos en la casa de un hombre al que, por otro lado, no le iban mal las cosas. Si hacía falta, se ampliaba el hogar con una alcoba más. O se mudaban a otra vivienda más amplia. Desde el punto de vista material, los problemas no eran tales.

Por desgracia, al padrastro de Malinalli se le metió entre ceja y ceja que habría sido mucho mejor empezar una familia desde cero. Algo de difícil solución, porque Malinalli estaba ahí, presente, recordándole cada día que su empeño sería imposible. Una Malinalli que, para entonces, ya hablaba por los codos. Qué carácter... Observadora, entrometida, resuelta, perspicaz, inquisitiva... Muchas personas de su entorno afirmaban que habría sido un magnífico guerrero de haber nacido hombre...

La madre de Malinalli intentó que la niña fuese discreta. Conocía las pretensiones de su marido y, por ello, no deseaba contrariarlo más de la cuenta. ¿Qué sería de ella, en su estado, si él la repudiaba? No es que diese la impresión de que así fuera a ser, pero más vale prevenir. Así que sí, trató de que Malinalli se condujera de forma recatada y discreta, al menos delante de su padrastro.

No lo logró. Malinalli era un torbellino de niña. Quería saberlo todo y de todos, y prefería recibir una reprimenda a morderse la lengua. Por si esto fuera poco, poseía ese inusual carácter que hace encanto del descarado. Su desparpajo, rayano con la impertinencia, caía bien entre los que eran objeto de él, que acababan sonriendo y encogiéndose de hombros. Era, en suma, una chiquilla seductora y parlanchina.

Cuando la madre de Malinalli dio a luz a un varoncito, no tuvo ojos sino para él. Probablemente, el sentido de supervivencia de la mujer la impelía a actuar de esa forma tan, por otra parte, injusta con la pobre Malinalli. Si había que elegir —y no era descabellado pensar que más pronto que tarde habría que hacerlo—, la madre se decidiría por el más vulnerable de sus hijos —el recién nacido—, que era, además, el que lo vinculaba al hombre que le proveía de seguridad y bienestar.

No sucedió de un día para otro. Nadie urdió un plan tras una noche en vela ni hubo conjuras. Sencillamente, Malinalli se convirtió en un estorbo. Siempre se hallaba en medio, dando su opinión

cuando nadie se la había pedido, incordiando a su padrastro y comiéndose la comida que este traía a casa.

Un día, harta de esta situación, la madre de Malinalli resolvió deshacerse de ella. Anduvo preguntando por ahí y pronto se enteró de que una caravana de traficantes de *tlatlacotin** proveniente de Xicalango se aproximaba a Oluta. Eran nahuas, lo cual a la madre de Malinalli le pareció suficiente como para confiar en ellos: «Si están sujetos a nuestras leyes y a nuestras creencias, no serán malos del todo», pensó. Se trataba, cómo no, de una estrategia para que la conciencia no le remordiese ante lo que se disponía a realizar: vender a Malinalli para quitársela de encima y cumplir, así, los sueños de su marido.

Los traficantes de *tlatlacotin* la trataron con inesperada rudeza. Malinalli, que tenía cinco años, fue, en primer término, rechazada de plano. Adujeron que no necesitaban niñas tan pequeñas, pues resultaban caras de mantener y no serían de utilidad hasta transcurridos unos años. «Tan siquiera se la podemos entregar a un guerrero», adujeron los tratantes de *tlatlacotin*. «Y tampoco tiene fuerza para moler maíz o acarrear agua desde la fuente...», añadieron.

La madre de Malinalli nunca supo que aquella era una estrategia de negociación muy antigua. En realidad, los traficantes querían a la niña, pero no estaban dispuestos a pagar un alto precio por ella. Despreciándola la depreciaban a ojos de su vendedora. Claro que les interesaba una niña de cinco años. ¿Quién dice que las niñas de cinco años no pueden moler maíz? ¿En qué cabeza cabe? Claro que pueden. En cuanto a servir de compañía para un guerrero... Dependería del guerrero. Conocían a algunos que les gustaban especialmente jóvenes. O, si no, ya crecería. El tiempo pasa volando.

El intercambio quedó fijado en una bolsa de plumas de *xiuh-tototl*** Habrían pagado el triple, y, por ello, los traficantes de *tlatlacotin* consideraron que habían cerrado un buen trato. La madre de Malinalli, ya con la bolsa de plumas en la mano, no tuvo valor para despedirse de la niña o para desearle suerte o para

* Singular: *tlacotli*; plural: *tlatlacotin*. Se traduce por «esclavo», es decir, la clase más baja de las sociedades nahuas.

** Se trata del cotinga azul (*Cotinga nattererii*), una especie de ave cuyo macho es de un color azul brillante.